

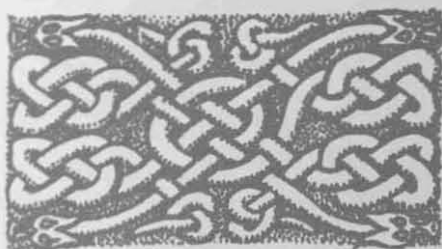
Esa parada de ómnibus la reconozco, esa cicatriz a ras del pavimento la produce todavía el paso de los tranvías, fulgor y desaparece el ruido del orín tras la huella amarilla: paralelas libélulas, se encaminan.

Se han mecido los visillos, entreví un espejo, su desfiladero vacío: reconozco el fulgor (piqué) de un vestido amarillo (estampado) a punto de irrumpir: las paralelas extienden cada vez más el infinito.

El columpio entre dos abedules, la perra de lanas con el lazo rojo atado al rabo, la dama del parasol y el sombrero de alas anchas (lona, refulgente) su drástica aparición al pie del arbusto florido de lilas blancas, ha desaparecido del espejo de cuerpo entero: escucho su llamado en aquel idioma gutural, el cuajarón de ablativos y vocativos, ah la proliferación de idiomas desconocidos que hacen detener el columpio, bajarse el muchacho de pantalón dril corto, medias altas, camisa sepia (ahora por fuera): reconozco al pie de la letra la escena.

Es la hora de almuerzo, corrieron los visillos, los postigos de interior (verde botella) entornados (al máximo) cuatro figuras reconozco, cuatro figuraciones en el momento de sentarnos: cada nombre propio está poseído de otra sustancia. Brilla la ira a la cabecera de la mesa; al otro extremo una mansedumbre fingida reorganiza minuto a minuto el menor desarreglo (no habrá nunca desperdicios): tarareo, se me manda a callar (*schweig still*) callo, en reconocimiento del mandato; me voy adentro a tararear (ponme la mano aquí, Macorina): nos hemos ya guiñado el ojo,

* Poeta cubano. Actualmente reside en España.



reconocemos caminos (encrucijadas) por los
que se les escapa el poder: dominio nuestro
(sublevación) un gran repertorio de canciones
populares (de eso no entienden nada):
tarareamos, de consuno, muy adentro.

Y llega la penumbra, la más extrema penumbra, sigilo de los tranvías, huellas
amarillas inaudibles, el espejo irrompible
cuajado de figuras (y detrás, ninguna
figuración): sólo quedamos de pie mi
hermana y yo, ajenos a todo vaticinio,
entre faroles y postes del tendido eléctrico,
calles irreconocibles: sólo tenían nombres
(localización, ninguna): nos detenemos a
la verja, miramos el pasillo de baldosas
rojas, la puerta impenetrable de roble con
sus cuarterones tallados, la sombra de una
aldaba. ¿Llamamos? ¿Nos llevamos las
manos en pirámide a la boca y pregonamos
nuestros nombres? ¿Acudirán? Huele a una
capa reciente de barniz, respiramos hondo
hasta intoxicarnos: por el olor de una breva
o del cazador de Beck sabemos que ahí
estuvo hace un momento (lo hemos
reconfigurado): pasamos la mano (estela)
por la superficie impoluta de la mesa,
reaparecen sentados a la sobremesa, postres
de yeso, vasos altos de helechos desbordados.